

La ciudad anarquista americana. Ideología y discurso en una utopía de principios de siglo XX

Adriana Petra

Herbert Marcuse, en su análisis sobre el principio del placer en la obra de Freud, escribe que la libertad y la felicidad presentes en la imaginación claman por liberar la realidad histórica y que es en la negativa a olvidar “lo que puede ser” donde yace la función crítica de la fantasía (Marcuse, H., 1972, 144). En esta negativa a reducir la imaginación a la esclavitud de la realidad histórica es donde se instala la posibilidad de abordar el análisis de la utopía sin reduccionismos que se detengan en su calidad de verdad o posibilidad de concreción.

Definir qué entendemos por utopía o por utópico es, al menos, problemático, ya que se le han atribuido múltiples significados no siempre exentos de una fuerte carga ideológica negativa atribuida por su condición de irrealizables. Sin embargo, lejos de constituir un género de la literatura de evasión, la utopía trabaja el presente y, como afirma Ernst Bloch, una de sus funciones básicas es la de “volvemos conscientes” de los desperfectos del mundo actual, no para huir de él hacia un pasado dorado o un futuro ilusorio, sino para transformarlo de acuerdo a las exigencias planteadas por la propia topía.

La mayoría de las utopías ha estimulado (y estimula) la reflexión sobre una determinada época, orientando la imaginación hacia un “deber ser” concebido siempre en función de los valores, de la red de significaciones, imperantes en la sociedad

del autor. Es precisamente al nivel de lo “imaginario simbólico” donde la utopía puede ser elaborada positivamente superando el análisis de sus contenidos específicos para atender también a sus funciones y a su forma en tanto discurso.

En este sentido, el juego dialéctico establecido por las instancias crítica y proyectiva presentes en toda narración utópica permite aceptar como una de las funciones básicas de la utopía, en el ámbito de la discursividad, la de ruptura–apertura respecto de lo históricamente dado. Al respecto, Alejandra Ciriza afirma que la “realidad” como criterio de producción del discurso político asume lo dado y su confirmación como criterio de verdad; mientras que la “utopía” opera como herramienta de ruptura de lo real proponiendo vías y modelos para su superación sobre la base de la imposibilidad de aceptar lo dado como ineluctable desde una negativa racional. El desplazamiento de la utopía hacia el discurso político como función utópica hará entonces que ya no se construya como narración completa, pero se mantendrá como solución imaginaria ante lo dado y se perpetuará en los discursos políticos que se nieguen a aceptar como criterio epistémico la dicotomía verdadero–falso. El ejercicio de la función utópica constituye así una instancia crítica del discurso realista, cuya no transparencia muestra. (Ciriza, A., 1998, 14–15).

En el mismo sentido, Arturo Roig, al señalar la emergencia de una “función utópica del lenguaje” como modo de superar el análisis de la utopía como género anclado en un único momento narrativo–descriptivo, vinculándola así con una forma determinada de enlazar discurso con temporalidad, postula que esta función utópica es la expresión de una determinada concepción del mundo proyectada por un sujeto con cierta ubicación social e histórica. La utopía sería de este modo “el resultado de la apuesta ejercida sobre la base de los términos que ofrece la topía” (Roig, A., 1981, 53–67), es decir, la tensión entre el ser y la ontología del “deber ser”, entre realidad e idealidad.

1. La ciudad utópica y el anarquismo a principios del siglo XX

Este trabajo es una aproximación al análisis de la narración utópica *La ciudad anarquista americana. Obra de construcción revolucionaria*, escrita por el inmigrante francés y militante anarquista Pierre Quiroule en 1914 y publicada en Buenos Aires por la editorial libertaria *La Protesta*¹. El objetivo principal es abordar la obra como el producto y la manifestación de un proceso histórico y de un proyecto político particulares en el marco del universo discursivo propio de la sociedad argentina de las primeras dos décadas del siglo XX. En esta instancia, acotaremos el análisis a la forma ideológica que adopta el relato de Quiroule, puntualizando en el modo en que se presentan y trabajan ciertas categorías como *progreso*, *civilización* y *capitalismo*; así como las modalidades de la utopía como función del lenguaje. Prescindiremos entonces de lo referido a los contenidos particulares del desarrollo de la narración y de precisiones sobre el planteamiento urbano, ciertas influencias teóricas y formas de cotidianeidad presentes en el texto.

La ciudad anarquista americana fue concebida como un relato continuo sin divisiones internas aparte de un breve prólogo del mismo autor y dos dedicatorias². La isotopía de la

1 Pierre Quiroule, cuyo verdadero nombre era Joaquín Alejo Falconnet, llegó al país alrededor de 1867. Publicista de profesión, fue colaborador en varias publicaciones anarquistas, incluida *La Protesta*. Escribió novelas, obras de teatro y se abocó a las investigaciones científicas, geológicas, astronómicas y filosóficas. *La ciudad anarquista americana* fue su segundo relato utópico, en 1912 había escrito *Sobre la ruta de la anarquía* y en 1924 completó la tríada con *En la soñada tierra del ideal*. Entrada la década del '20 Quiroule abandonó la militancia política y se retiró a Misiones. Murió en 1938 en su casa del barrio porteño de Flores.

2 Una novedad es la inclusión del plano de la ciudad libertaria que pone sobre papel la organización urbana de la comuna anarquista proyectada por Quiroule. Sin constituir el centro de su preocupación ideológica, la propuesta urbana de Quiroule reconoce importantes influencias de las ideas y propuestas de los socialistas utópicos y de los pensadores sociales y urbanos del siglo XIX y comienzos del XX. Atendiendo a las características formales del relato y con el fin de ordenar la exposición al momento de citar textualmente el texto tomaremos como criterio la división en capítulos propuesta por Gómez Tovar y otros (1995).

narración es la revolución que derroca el régimen “monárquico americano” e instaura un sistema social y económico basado en los principios del comunismo anárquico.

El relato tiene una estructura no-lineal y adopta como forma lo que Weinberg denomina “tiempo paralelo” (Weinberg, F., 1976, 71). Pasado y futuro se mezclan apelando continuamente al *flash back* como recurso para abordar los pasajes críticos en los que se alude a la época pre-revolucionaria como tiempo pasado. El capítulo primero se inicia cuando ya han transcurrido 20 años “desde la caída de la Monarquía de El Dorado, barrida por la ola revolucionaria, y la desaparición de la dominación burguesa en esa parte del continente americano”, y cuando las comunas de “hombres libres” independientes y autogestionadas ya han sido establecidas a lo largo del “territorio expropiado” (“Las Delicias” cuya capital es “La ciudad de los Hijos del Sol”, ubicada al norte de la “otrora provincia de Santa Felicidad”)³.

Quiroule escribió su utopía en momentos en que la vida nacional atravesaba fuertes reposicionamientos. Desde fines del siglo XIX el anarquismo alcanzó en el ámbito internacional una fuerte presencia en el sector obrero y popular. En Argentina esto se desarrolló confluyendo con la incorporación del país al proceso de acumulación de capital (en su fase monopólica o del imperialismo clásico) como economía dependiente agro-exportadora, sentando los bases del nacimiento de un proletariado específico durante la hegemonía de las repúblicas oligárquicas. En este contexto, el anarquismo (y en particular la tendencia anarco-comunista), fundamentalmente de la mano de inmigrantes con cierta experiencia militante en Europa, logró construir un espacio propio entre los sectores subalternos nacidos al fragor de las corrientes inmigratorias a partir de la conformación

3 Según Félix Weinberg, “El Dorado” sería la provincia de Buenos Aires y sus adyacencias litoraleñas, “Las Delicias” la Capital Federal, y “Santa Felicidad” la provincia de Santa Fe. Es notable la resemantización que realiza el autor del mito hispánico de “El Dorado”: de lugar deseado por excelencia se convierte en el no-lugar por antonomasia. “La Ciudad de los Hijos del Sol” puede relacionarse con el Imperio del Sol de los Incas en el que también abrevó Campanella para su utopía clásica *La ciudad del Sol*.

de un aparato simbólico y ritual fuertemente identificado con el mundo del trabajo y cuyo punto culminante fue la acción gremial y la presencia en los sindicatos obreros⁴.

Avanzado el siglo XX, las condiciones de posibilidad que permitieron a los libertarios ejercer su influencia sobre importantes sectores de la población se habían modificado. La canalización del malestar social mediante la confrontación directa con el aparato institucional como fuente ubicua de coerción social, perdió efectividad cuando desde las clases dominantes los mecanismos de gestación de consenso se articularon por sobre el dominio como coerción o represión estatal. Esto es, cuando el mensaje del Estado se hizo más orgánico y coherente, y con él las instituciones encargadas de transmitirlo, nuevos actores, como la industria cultural y los medios de comunicación, se fortalecieron en el campo cultural ofreciendo nuevos modelos de integración; unido esto a la argentinización natural y a las posibilidades de movilidad social para algunos sectores producto de la consolidación económica.

La represión y las leyes restrictivas (Ley de Defensa Social y Ley de Residencia) que habían diezmando las filas militantes contribuyeron también a la diáspora; la situación política a nivel nacional e internacional obligaba a reestructurar frentes para afrontar la coyuntura y las luchas internas del movimiento retornaban fantasmales y aparentemente eternas⁵. La depresión que siguió a la primera década del siglo y el proceso de remodelación productiva y comercial del país como potencia agro

4 Los primeros antecedentes de la propaganda libertaria en Argentina pueden reconocerse hacia el año 1872 a partir de la creación en Buenos Aires de tres secciones de la Asociación Internacional de Trabajadores. En 1901 se creó la Federación Obrera Argentina (F.O.A.) que tres años más se convirtió en Federación Obrera Regional Argentina (F.O.R.A.), ver Bilsky (1984/1985), Falcón (1984) y Oved (1978).

5 En el mismo año en que Quiroule escribe *La ciudad anarquista americana*, la Federación Obrera Regional Argentina abandona el Pacto de Solidaridad acordado en 1905 y que rigió durante todos esos años la vida de la organización bajo los principios del comunismo anárquico. A partir de ese momento la organización declara la "neutralidad" ideológica respecto a sus asociados y comienza a ser absorbida por el sindicalismo revolucionario, tendencia que se acentuaría a partir de la Revolución Rusa de 1917.

exportadora a partir del inicio de la Primera Guerra Mundial y la apertura a nuevos mercados, agravó aún más la situación de los obreros y el panorama político y económico parecía cerrar todos las vías de solución a los conflictos.

Así, en el año en que Quiroule escribe *La ciudad anarquista americana* la oligarquía conservadora, artífice del proceso de modernización y transformación capitalista iniciado a fines del siglo XIX, aún estaba en el poder, en tanto, la democracia popular avanzaba desde las filas del radicalismo y cosechaba simpatías de buena parte de los sectores populares y las capas medias. Para ese momento, ya había sido sancionada la ley Saenz Peña de voto secreto y obligatorio, obviamente rechazada por el anarquismo, ineludable en su oposición a toda incorporación a la vida pública del país, que no la consideraba una instancia progresiva como sí lo era, por ejemplo, para el socialismo.

Todos estos factores obligaban a los libertarios argentinos a considerar acciones tácticas nuevas que les permitieran recuperar la fuerza de los años de esplendor en el marco de una realidad que se transformaba aceleradamente y exigía cierta permeabilidad a los cambios. En el mismo sentido, la presencia de la revolución mexicana en el cuadro internacional había impactado notoriamente a los ideólogos revolucionarios, tanto que Quiroule dedica su utopía a “los valerosos revolucionarios que en México luchan por tierra y libertad”.

2. Realidad e idealidad: la función utópica del lenguaje

A partir de esta breve puesta en contexto desarrollaremos el análisis partiendo, fundamentalmente, de los desarrollos teóricos de Arturo Andrés Roig respecto al análisis del discurso en el marco de la filosofía latinoamericana y la Historia de las Ideas. En este sentido tomaremos como tesis fundamental el concepto de que el lenguaje es una vía privilegiada de objetivación y una

forma básica de mediación que contiene en sí misma la conflictividad social que le sirve de base. A partir de esto, diremos que es posible “leer” lo ideológico mediante el análisis formal de la textualidad misma, posibilidad dada gracias al desarrollo del concepto de universo discursivo⁶. Diremos, por tanto, que es posible abordar el discurso como una “forma, aspecto o momento” de la práctica social, entendida esta última, como la práctica de los hombres como actores de la historia, como operadores sobre la naturaleza y sobre sí mismos.

Como primera hipótesis de trabajo diremos que Quiroule parte de la realidad presente de su época para proyectar la utopía de *La Ciudad Anarquista Americana*. El “deber ser” de su relato parte de una instancia crítica previa del “ser” de la sociedad argentina de las primeras décadas del siglo, más precisamente, de la realidad de la clase obrera concebida como sujeto revolucionario. Esta realidad de la que se hace eco el autor no es un dato inerte sino una construcción y una interpretación de las condiciones de existencia de la clase trabajadora y de los procesos políticos y económicos que se vivían en el país en la época citada. De ahí que su análisis nos permita adentrarnos en un universo simbólico entendido como red significativa que hunde sus raíces en el conjunto de valores, representaciones e identidades compartidas, procesadas y discutidas vigentes en los grupos y clases de la Argentina post-centenario. Es lo que denominaremos “imaginario colectivo”, a partir del cual el discurso de Quiroule, entendido como discurso socialmente producido, selecciona los datos de esa realidad sobre la base de una particular visión del mundo y le imprime el componente desiderativo propio del relato utópico.

La condición social de Quiroule, su trabajo intelectual y militante y su manifiesta tendencia hacia una postura constructiva

6 Entenderemos “universo discursivo” como la totalidad de los discursos actuales o posibles de una sociedad dada en un momento dado o a través de sucesivos momentos. Hablamos de un universo semiótico en el que las formas discursivas opuestas se muestran como “discurso” versus “antidiscurso” en los que se expresan simbólicamente valoraciones antitéticas. (Cfr. Roig, A., 1984; Arpini, A., 1994).

no espontaneísta del proceso revolucionario, brindan las pautas para ubicar al autor sobre el terreno desde el cual proyecta su organización social ideal. Podemos arriesgar así una primera certeza: *La ciudad anarquista americana* actualiza a partir de la consideración de la forma crítica–proyectiva que asume todo relato utópico, la compleja trama social en la que el autor inserta su experiencia individual y a partir de la cual plantea una idealidad que busca sentar como deseable y posible una organización social sustentada sobre las bases del comunismo anárquico. La obra cumple de esta forma una de las funciones básicas de la utopía concebida como producción simbólica: la de ruptura–apertura con lo históricamente dado. Rompe, por un lado, con el sistema de partidos liberal–reformadores encarnados tanto en el viejo partido conservador (particularmente con su visión de progreso y modernización como pilares de la construcción de la nación) como en la joven Unión Cívica Radical, partiendo de la base de que el avance en materia de derechos civiles que implicaba el crecimiento de esta última frente al régimen, en nada cambiaría la vida de los trabajadores. Para esto existía sólo un camino: la revolución social que llevara a la victoria a la anarquía y destruyera las formas económicas y políticas del capitalismo naturalizadas por el paradigma del Estado. Por otro lado, Quiroule rompe con el ala forista que comenzaba a ser absorbida por el sindicalismo. Tenemos entonces una doble apuesta de ruptura–apertura: anarquía frente al capital, comunismo anárquico frente a avance sindical.

3. Las categorías: el primer paso hacia la dicotomía básica

Desde el eje central del relato (el derrocamiento de la monarquía mediante un método tipo *putsh* y la inmediata declaración de comienzo de la sociedad nueva)⁷ se despliega una serie de

⁷ Quiroule era partidario de la teoría de la minoría conciente, de gran predicamento entre los anarquistas franceses, según la cual las tareas creadoras de la revolución debían ser realizadas por un pequeño grupo de espíritus escogidos, revolucionarios

categorías a partir de las cuales es posible determinar un sistema de opuestos sobre la base del aspecto axiológico de las mismas en tanto modalidades formales, siendo el primero y más general: *capital vs. anarquía*.

Cada uno de los términos de esta oposición está asociado a una serie de consideraciones de fuerte carga axiológica que remiten a otro sistema de opuestos de larga tradición en las ideas sociales y filosóficas del continente americano: “civilización vs. barbarie”. Esta dicotomía básica del análisis social –que actúa como una metacategoría que recorre todo el discurso y le da una forma ideológica específica– no se presenta ya a la manera de Sarmiento o Alberdi como “civilización” asociada al progreso de cuño positivista y europeizante y “barbarie” vinculada a la masa representada por todos aquellos elementos que simbolizaban para esta generación el atraso de un pueblo, sean éstos habitantes (gauchos o indígenas) o formas de producción (ganadería y agricultura); sino que la carga semántica de los términos se revierte y la *barbarie* pasa a ser el capital y el progreso asociado a su sistema social y productivo; y la *civilización*, la organización anarquista de comunidades agrícolas autogestionadas en las que el hombre es libre de toda coerción estatal y social. Dice Quiroule en las palabras introductorias de *La Ciudad Anarquista Americana*:

Para que esta felicidad humana sea un hecho, es absolutamente preciso dar contra marcha a la *civilización y al*

más capacitados para dar una solución provisoria a los problemas planteados por la revolución social. De ahí que en su utopía no es la “turba desordenada, inconscientemente destructora”, la que obraría desde el primer instante, sino el elemento ordenado y consciente que intervendría en todos los actos de la Revolución. Esta postura era fuertemente combatida por buena parte del anarquismo organizado, incluyendo figuras notables como Diego Abad de Santillán y Emilio López Arango. La misma actitud controversial despertaban los “grupos específicos o de afinidad” a los que Quiroule era no sólo adherente sino activo participante. Es notable también la fecha que Quiroule elige para llevar a cabo el golpe revolucionario: el décimo aniversario de la elevación al trono del rey de El Dorado. Todo indica, por la descripción de las “brillantes fiestas” y la alusión a las “órdenes reales” destinadas a castigar todo intento de agrupamiento y resistencia a la tiranía, que se trata de una referencia a los festejos del Centenario de la Revolución de Mayo.

progreso moderno. No podemos, los que tenemos en vista el mejoramiento económico y social de la especie, seguir colaborando en la *obra insensata del capital*, con sus ciudades inmensas y sus magnas empresas especulativas, factores forzados de miseria y de ruinas⁸.

Si un cambio radical en las ideas se impone en este siglo que empieza, no es menos urgente refundirlo todo en el orden de las cosas. Es que sentimos la necesidad imperiosa de vivir una vida más armónica, más natural y libre, pero no en las grandes ciudades actuales, ni en el seno de esta *civilización ficticia*, sino en la nueva mansión que levantaremos los hombres sensatos en la feliz sociedad comunista, porque es necesario convencerse de que nuestra obra actual, la obra de todos, desde el primero hasta el último, basada sobre el interés individual, conspira contra la salud y el bienestar colectivos, atenta contra la libertad y la vida de los individuos todos.

Debemos convencernos de que nuestra civilización es un absurdo y nuestro progreso, locura. Absurdo y locura con los tranvías eléctricos, la explotación de las minas, las grandes usinas, los leviatanes del mar y las serpientes de hierro que enlazan la tierra, los altos edificios, y los servicios públicos intensivos exigidos por el desarrollo formidable y continuo de las grandes poblaciones en las que la libertad es apuñalada y los hombres reducidos a espectros...

¡No; no queremos más de vuestro estupendo progreso, hombres de genio! ¡Ni de vuestras ciudades colosales, ilustres

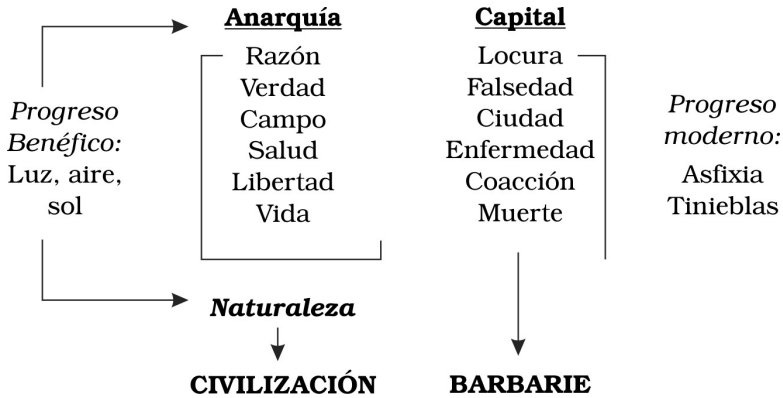
⁸ La reacción de Quiroule contra las grandes ciudades es parte de su reacción contra la fórmula liberal de "orden y progreso" cuya imagen más patente fue el enorme gasto que desde el Estado y las elites se destinó para embellecer las ciudades imitando a las metrópolis europeas. El gobierno las dotó de servicios de higiene y de transporte, avenidas, plazas y un conjunto de edificios públicos ostentosos y no siempre de buen gusto. Los particulares, por su parte, construyeron residencias igualmente espectaculares, palacios o *petit hôtels*. El voluminoso ingreso rural se difundió en la ciudad multiplicando el empleo y generando a su vez necesidades de comercios, servicios y finalmente industrias, pues en conjunto las ciudades, sumadas a los centros urbanos de las zonas agrícolas, constituían un atractivo mercado (ver Romero, 1999: p. 24).

patriotas! Estas grandes ciudades, cuyo esplendor amasado con sangre de proletarios, esconde tantas lacras asquerosas! ... ¡Queremos luz, queremos aire, queremos sol ... y en vuestras ciudades y en vuestra organización social sólo hay asfixia y tinieblas...

Pero, hoy día, es en todas partes y a cada minuto que la muerte nos acecha, traicionera y brutal: en el taller, en el paseo, en la calle, en el teatro ... Nunca, en ningún tiempo, en ninguna época y bajo ninguna civilización ha habido una mayor despreocupación, una indiferencia tan grande, un desprecio tan cínico y criminal por la vida ajena, como en la civilización actual. Y bien, esto es monstruoso y basta para condenar un sistema social que favorece o consiente hechos tan inconcebibles ... Y gritamos con energía, con toda la fuerza de nuestros sentimientos humanitarios ultrajados: ¡basta de víctimas sacrificadas en aras de un *falso progreso y de una civilización falsa!* Volvamos a la vida sana y sencilla; desterremos las causas de sufrimiento y desdicha, ¡hagamos triunfar la anarquía! ... (Quiroule, P., 1991).

¿Que nos dice esta cita? En primer lugar que Quiroule se impone un interlocutor claro: “ellos”, los otros, los defensores del “progreso moderno” son los enemigos de la anarquía. La obra revolucionaria debe centrarse en la lucha contra la burguesía capitalista, a la que “nosotros”, los proletarios, es decir, “todos”, debemos destruir mediante un cambio radical.

A partir de esta constatación podemos arriesgar una estructura axiológica del texto de acuerdo al valor formal que se asocia a cada uno de los polos de la dicotomía básica civilización/barbarie. Así tenemos una estructura actancial tentativa sobre la base del siguiente sistema de opuestos, teniendo el primero un eje semántico cuya manifestación ideológica textual es positiva, y el segundo negativa:



4. Anarquía: razón y verdad

En *La ciudad anarquista americana*, la interacción dialéctica entre topía y utopía se revela claramente y nos permite establecer categorías discursivas que, más allá de los contenidos, pueden clasificarse como ideológicas en tanto símbolos socialmente producidos.

Los actantes (“objetos simbólicos” según los definió Greimas) anarquía y capital (analizaremos solamente este par dicotómico por razones de espacio y por considerar que el resto recibe idéntico tratamiento) encarnan respectivamente una serie de valores antitéticos a partir de su clasificación como pertenecientes a discursos opuestos que interactúan y se autoimplican a lo largo de la narración. Hablamos de un discurso vigente (ellos, una minoría capitalita) y un discurso antitético (nosotros, la mayoría oprimida) presentes en el texto y posibles de ser abarcados desde el análisis formal gracias a los mecanismos de apoyo y de historización / deshistorización (Roig, A., 1984, 11).

En el marco de la estructura ideológica del discurso todo mensaje se apoya sobre otro al que se le concede valor absoluto, por lo que el discurso recurre a un sujeto que actúa

como garantía y fundamento de lo que se dice y cuya validez escapa a todo cuestionamiento. Asimismo, esta función de apoyo le permite al locutor ubicarse en el lugar de una conciencia transparente que interpreta lo real desde una visión englobadora y superadora de todos los puntos de vista sectoriales. Para establecer esta función y así desentrañar la relación que existe entre el sujeto real histórico que asume la posición de locutor y los otros sujetos en tanto alocutarios del discurso enunciado, es preciso recurrir a las funciones de historización / deshistorización de los distintos niveles discursivos que implica un mensaje. Decimos entonces que un discurso está deshistorizado cuando actúa como mecanismo para privilegiar el propio discurso ubicándolo en el nivel de una lengua o código de valores estables y de verdades eternas. Por el contrario, la historización se manifiesta cuando un discurso (sea el propio o el del otro) es rebajado al nivel del habla como expresión de situación social e históricamente relativa⁹.

Desde este punto de vista podemos analizar *La ciudad anarquista americana* a partir de los criterios que venimos planteando, enfocando, en primer lugar, el tratamiento textual que se le da al actante anarquía. Para ello transcribiremos algunas citas textuales que nos permitirán rastrear los mecanismos mencionados.

... la Anarquía es tan antigua como la Humanidad, puesto que el espíritu de libertad es innato al hombre ... (Introducción)
Es que la Anarquía condensa todos los deseos del pueblo; ella es la *quinta esencia* de sus aspiraciones, la expresión de lo que será la Humanidad dentro del plazo que fijen los expropiados ... Nosotros queremos que la Humanidad experimente de *verdad* la dicha de vivir; queremos embellecer, idealizar la existencia, rodearla del máximo de poesía (Introducción).

9 Esta distinción entre lengua y habla remite a la realizada por Saussure quien elaboró ambos términos como integrantes de una dicotomía básica en el que la lengua es considerada una institución social y un sistema de valores contractuales (en parte arbitrarios o inmotivados) y el habla un acto individual de selección y actualización del sistema de la lengua.

Los comunistas, enriquecida su sangre con un *sistema de vida más racional* y natural, rejuvenecido el organismo por su condición de hombres libres y felices...¹⁰ (Capítulo 7).

Así, con el trabajo libre e inteligente de sus habitantes, las comunas nacientes llegarían en poco tiempo a un alto grado de progreso benéfico para todos sus miembros, acercándose cada vez más al ideal de perfección soñado por los generosos utopistas.

El primer acto de los comunistas en este combate por la dicha debía ser el de entregarse enteramente, intensivamente, a la cultura del suelo. *De la tierra brotaría la independencia junto con la abundancia para la vida* (Capítulo 19).

Una certeza recorre la narración desde el párrafo inicial al final: la Anarquía es sinónimo de Humanidad y ésta lo es de la Naturaleza, por lo tanto, un sistema anarquista comunal regido por los principios del trabajo agrícola y la cultura del suelo es, más que un salto evolutivo, una obra de regeneración de los principios naturales ocultos tras el manto de mentira impuesto por el Capital y su forma Estado. El capitalismo es locura, la Anarquía, razón; razón innata presente como esencia en la Humanidad y como la única verdad posible. De ahí que el trabajo de la revolución sea re-construir un sistema del que nunca los hombres deberían haberse alejado, ya que el “falso progreso” que ofrece el capitalismo es contrario a las leyes lógicas de la vida del hombre. La verdad de la Humanidad es la anarquía, y sólo a partir de ella es posible la vida, la felicidad, y en definitiva, la libertad. Vemos cómo Quiroule asocia el paradigma del Estado con lo que Eduardo Colombo denomina “dimensión mítica”, en tanto orden de valores institucionalizados que se perpetúa gracias a la naturalización de los hombres al principio de dominación por él propiciado. Uno de

10 Cuando Quiroule se refiere a los “comunistas” lo hace homologando esta calificación a la de “anarquistas”, ya que parte de la base de que el “verdadero” anarquismo es aquel que tiene como base la organización comunista de acuerdo a la línea iniciada por el teórico ruso Pedro Kropotkin

los objetivos de su relato será precisamente “desnaturalizar” la necesidad de la forma estatal mostrando su falsedad. (Colombo, E., 2000, 56–57)¹¹.

Diremos entonces que la función de apoyo se cumple respecto a la Naturaleza como sujeto absoluto justificador, cumpliendo la Anarquía la función de portavoz de esa Naturaleza y por lo tanto investida de una carácter de verdad y de razón. Estamos ante un caso de ontologización del discurso: Quiroule, aunque no quita a los hombres, los “hacedores del mañana”, su capacidad de intervención para cambiar los rumbos de la historia y de la realidad que les es dada, hace referir esa capacidad a una condición esencial que viene dada por fuera de cualquier mediación, ya que la Anarquía es lo natural en el hombre, es innata, y por lo tanto, no puede pensarse que exista algo mejor so pena de caer en la mentira y en la irracionalidad. Bajo el sistema capitalista el hombre está en “tinieblas”, es engañado y alejado de aquello que tiene de más propio, a saber, la Libertad, la Salud, la Felicidad, sólo posibles en un sistema reconciliado con la producción agrícola, donde la propiedad privada y la autoridad han sido desterradas, destruidas, borradas¹².

11 Consideramos importante dar algunas precisiones sobre la concepción del Estado de la doctrina anarquista, para ello tomaremos algunas precisiones de Eduardo Colombo extraídas del artículo “El Estado como paradigma de poder” (Colombo, E., 2000, 56–57): “en la perspectiva liberal individualista, propia de la consolidación del Estado-nación a partir del siglo XVII, la sociedad es representada como la consecuencia del abandono del “estado naturaleza” y la construcción consecutiva de un “cuerpo” político autónomo que es al mismo tiempo un principio jerárquico de orden institucional, su consecuencia lógica es la disolución de la sociedad en el Estado [...] La anarquía es una figura, un principio organizativo, un modo de representación de lo político. El estado es un principio diferente u opuesto. Es, fundamentalmente, un paradigma de estructuración jerárquica de la sociedad, necesario e irreductible en el espacio del *poder político* o dominación, porque este espacio es construido a partir de la expropiación que efectúa una parte de la sociedad sobre la capacidad global que tiene todo grupo humano de definir modos de relación, normas, costumbres, códigos, instituciones, capacidad que hemos denominado simbólico instituyente y que es lo propio lo que define y constituye el nivel humano de integración social. Esta expropiación no es necesaria ni exclusivamente un acto de fuerza; ella contiene y exige el postulado de la *obligación política* o deber de obediencia”.

12 El rechazo a la idea dominante de progreso y su oposición al “progreso benéfico” revela en la utopía quirouleana una importante influencia del medievalismo

La referencia a la Naturaleza como entidad ontologizada nos pone en presencia de un claro mecanismo de deshistorización del discurso del autor y, a la vez, de la Anarquía, como dada inmediatamente sobre la “verdad proveniente de la Naturaleza”, como sistema de valores racionales, innatos y lógicos siempre latentes en la Humanidad pero ocultos por la estructura del Capital. La anarquía adquiere así una fuerte sobredeterminación ideológica: no es sólo un nuevo sistema social posible gracias a la lucha revolucionaria en el contexto de ciertas condiciones históricas, sino que es la representación simbólica de la ruptura con el mundo de ficción (la realidad capitalista) y la apertura hacia el mundo “real” (el Ideal anarquista), cuya condición de posibilidad depende sólo de la voluntad de los trabajadores (el pueblo) una vez que éste tome conciencia de sus más auténticas aspiraciones.

Esta apelación hipo-histórica (natural) se encuentra además presente en la elección de América como territorio “lógico” para la revolución social: si la anarquía es un proceso natural en el desarrollo humano, era de esperar que para lograr su triunfo se eligiera un territorio “virgen”, históricamente considerado como poseedor de una “pureza primitiva” donde las más nobles aspiraciones humanas podían volverse posibles¹³.

kropotkiano, cuyas propuestas de organización se trasladan casi en un calco a la “Ciudad de los Hijos del Sol”. Agricultura e industria se reconcilian en la nueva comuna anarquista y la definitiva eliminación de la división entre campo y ciudad se convierte en el hecho fundamental de cambio en las formas de producción y en la vida cotidiana. A fin de lograr este equilibrio, el tiempo se divide en ocupaciones urbanas y rurales, sin embargo, la actividad predominante es la agricultura que, como afirma Weinberg, goza de una concepción lindante con el panteísmo ya que el contacto directo con la naturaleza es una suerte de purificación y liberación.

13 La idea de América como tierra de redención y alejada de los vicios del Viejo Mundo, sirve una vez más como fuente donde Quiroule abreva para hacer florecer su utopía. Entroncándose con la tradición utopista clásica iniciada por Tomás Moro, cifra sus esperanzas de un mundo nuevo y mejor en los territorios americanos. Los dos ingredientes básicos de la utopía se encuentran presentes: tiempo (relaciones de producción capitalistas escasamente desarrolladas y por lo tanto fácilmente eliminables) y espacio (un territorio casi despoblado en el que los hombres aceptarían de buen grado que se desterrase el sistema vigente para ser reemplazado por uno radicalmente nuevo merced a la obra “regeneradora” de la anarquía). Así Quiroule demuestra cómo

Deshistorizado el actante Anarquía, y como modo de reforzar el propio discurso, el Capital aparece como historizado en tanto producto de un momento coyuntural de la Humanidad, ajeno a toda Razón y sustentado sobre la mentira económica y política. Uno de los pasajes descriptivos más ricos del sistema capitalista es aquél en que el autor utiliza como pretexto para su crítica los “dramas y comedias” que se representaban en el teatro anarquista. Es notable que para describir un régimen para él basado en la mentira elija la ficción del teatro como punto de partida para poner al alcance del lector las diferencias entre el nuevo y el viejo sistema ¿Qué era el Capital sino una puesta en escena destinada a oprimir a las masas mediante el engaño?

Las obras eran en su mayoría cuadros trágicos del odioso régimen capitalista desaparecido: horrores de la vida del proletariado explotado y oprimido, sus dolorosas privaciones y angustias puestas en vigoroso parangón con la opulencia insolente y las crapulosas orgías de la clase dominadora; las crueldades de los poderosos; las espantosas tragedias guerreras; las atrocidades cometidas en los presidios contra los hombres de ideas; y también los valerosos actos de rebelión individual o colectiva; la lucha épica de los propagandistas de la Anarquía, el nuevo ideal de libertad y bienestar para todos, contra el antiguo estado de cosas y sus defensores; el heroísmo de los altruistas precursores de la Gran Revolución Social, que acabó con aquella sociedad bárbara y corrompida...

O bien, eran comedias y sátiras mordaces de los usos y costumbres de la misma época de locura: las rarezas de la

la conciencia de alteridad y otredad que desde las utopías del renacimiento corrió a nivel simbólico en paralelo al avance de la conquista sobre los territorios descubiertos, es reactualizada aún entrado el siglo XX gracias a los movimientos migratorios que retomaron la búsqueda de esa plenitud imaginada y perdida, convirtiendo a América en el “objeto sustitutivo” de aquella dimensión desiderativa. La esperanza de lo nuevo-posible en un espacio otro posee, en tanto proyecto utópico, un alto grado de idealización de la tierra de acogida, en la que se cree es posible renacer como alguien distinto en la alteridad posibilitada por la lejanía. Para el inmigrante –como lo fue antes para los conquistadores, los reformadores sociales y la Iglesia– América era el *topos* que les daba la posibilidad de “bajar el cielo a la tierra” y el nexa aglutinante de muchos sueños individuales y colectivos (ver Petra, 2000).

moda y sus extravagantes imposiciones, etc.; las mentiras convencionales; la hipocresía de los moralistas de profesión, pastores y ministros de religión, su falsa humildad o desprendimiento, sus vicios y vida licenciosa; sus pillerías y estafas organizadas al amparo de las llamadas instituciones filantrópicas o de beneficencia; los escándalos de las grandes suscripciones populares, abiertas para auxiliar a las víctimas de espantosas catástrofes y calamidades públicas y cuyos fondos recolectados iban a parar a los bolsillos de sus iniciadores; la explotación de la credulidad o de la buena fe del prójimo indeciblemente mixtificado y desvalijado por los vividores de guante blanco y de levita, elevada a la altura de ciencia; el político venal y ramplón, sin más ideal ni principios que la posesión del poder, fuente maravillosa e inagotable de honores y de provechos, vendiendo cínicamente voto e influencia al mejor postor, miserable engañador y verdugo del pueblo, al que traiciona vilmente, haciéndose el cómplice de todas las infamias, de todas las violencias y vejaciones dirigidas a los productores, con el objeto de sujetarlo para siempre a su infeliz condición de esclavo del capital, después de haberle hecho las más formales promesas de protegerlo y mejorar su suerte desde su banca de representante en las cámaras. Todo, en fin, lo cómico como lo odioso y lo trágico o lo sublime, eran materia de poderosas proyecciones escénicas de impresionante efecto (Capítulo 8).

Época de locura era aquella donde aún no reinaba la razón de la anarquía. Sociedad “bárbara y corrompida” al que un grupo valeroso de hombres guiados por el más puro amor a la Humanidad se había opuesto hasta hacer triunfar la revolución y reconstruir la sociedad sobre bases nuevas y verdaderas. Si retomamos lo que veníamos afirmando sobre la interacción dialéctica entre topía y utopía y la tesis de Fernando Aínsa, según la cual todo sueño utópico parte inevitablemente de una representación (presente en el imaginario individual, grupal o de clase) de la época del autor y de las posibilidades que a priori permitirían una alternativa histórica que rompa con el presente real aparentemente inmodificable, el último párrafo

citado, además de ejemplificar el mecanismo de historización que se cumple respecto del discurso vigente, nos permite ver con claridad la función crítica y deconstructora de la utopía a partir de las marcas que porta de la historia, de las condiciones de existencia del universo simbólico de la situación presente que la engendra. (Cfr. Aínsa, F., 1999, 117). En efecto, buena parte de la cosmovisión que trazó la geografía del proyecto del país oligárquico están presentes en la descripción del teatro anarquista, como lo están todos los enemigos de los “rebeldes” defensores del Ideal: la desigualdad en la distribución de la riqueza, la beneficencia, la Iglesia, la administración de justicia, la guerra (recordemos que ese mismo año se iniciaba la Primera Guerra Mundial), las leyes represivas, la política, el juego electoral, la opulencia de las clases dominantes, etc.

Es importante remarcar que el período de la oligarquía liberal iniciado a partir del primer gobierno de Julio A. Roca construyó sobre sí y sobre la sociedad una imagen propia, de acuerdo a una particular visión del lugar que debía ocupar en los destinos de un país que creían por derecho suyo. Como afirma José Luis Romero, unido a un estrecho y vigoroso egoísmo de clase, el planteo elitista que esta generación tenía del problema social y económico partía de una preocupación que se consideraba patriótica. La oligarquía creía representar al país con mayor fidelidad que los advenedizos, apenas consustanciados con él; pero ciertamente no era patriótica su desidia para incorporar tanto a inmigrantes como a criollos a los espacios de la vida política del Estado. Su autoproclamación como clase de elegidos los convertía en dueños absolutos del poder, con capacidad para imprimir la dirección económica, política, social e incluso moral que indicaba el faro del progreso europeo. El país era, como dice elípticamente Quiroule, su reino. Una fórmula de gobierno que Alberdi definió como “una monarquía vestida de república” y que Quiroule supo sintetizar en un símbolo a la vez presente y mítico: la monarquía de El Dorado.

5. Civilización y barbarie: el tratamiento ideológico

Una vez comprobado cómo operan los mecanismos de apoyo y de historización / deshistorización y cómo mediante la apelación recurrente a la Naturaleza como sujeto absoluto justificador se atribuye a la Anarquía un carácter axiológico portador de la razón y la verdad, estamos en condiciones de abordar de lleno el tratamiento ideológico de las categorías civilización y barbarie en el marco de la utopía de Pierre Quiroule.

De acuerdo con la propuesta de Rossi Landi según la cual toda producción discursiva forma parte de un sistema signico, cumpliendo una función de mediación entre estructura y superestructura en el ámbito de un determinado universo discursivo, podemos decir que *La ciudad anarquista americana* se encuentra inserta en una totalidad ideológica comprendida en su calidad de proyección social (Rossi Landi, F., 1980, 53).

Esto nos permite comprender la doctrina anarquista como una planificación consciente, universal y duradera iniciada por representantes de una clase subalterna y que, a través de una mediación discursiva específica, expresa sus intereses sobre la base de una diferente conceptualización de los modos de producción y de la organización de las relaciones humanas. Ahora bien, como el texto de Quiroule es una narración utópica, y por lo tanto contiene una dimensión desiderativa cuya base no siempre parte de una constatación de la real realidad, sino de exigencias funcionales a la necesidad de promover un futuro diferente a partir de su particular visión del mundo, debemos considerar que hay en él un grado de falso pensamiento que, sin embargo, no alcanza para que sea catalogado como conservador. Por el contrario, independientemente de su valor de verdad, *La ciudad anarquista americana* sería, según la propuesta de Rossi Landi, portadora de una forma de proyección ideológica revolucionaria o innovadora, surgida a partir de la práctica social de un determinado grupo, en el marco de una realidad epocal específica.

Ya hemos abordado cómo se constituía el universo discursivo de la sociedad Argentina post-centenario en el que se inserta el texto que estamos analizando: nos encontramos con un discurso vigente proveniente de la oligarquía liberal y de los grupos medios emergentes representados por la U.C.R., y un discurso antitético anarquista representado por Quiroule en tanto sujeto histórico con una particular visión del mundo. Ahora, según la definición de Roig, esta antítesis puede darse en dos planos diferentes: como antidiscurso o “discurso en lugar de”, y como discurso contrario o “liberador”. Considerando que Quiroule no invierte las categorías axiológicas dominantes, reemplazando unos por otros los términos de las jerarquías de valores impuesta, sino que ofrece una perspectiva superadora que tiende a una superación original de los problemas que plantea el sistema social del cual desprende su crítica y su proyecto, podemos afirmar que estamos en presencia de un discurso contrario organizado desde una postura liberadora de los supuestos del discurso opresor.

Hablamos de un discurso propio y de un discurso del “otro”, a partir del cual una particular conformación socio-cultural se valora, se juzga y comporta a y en sí misma y con respecto a otra. Vemos así cómo *La ciudad anarquista americana* cumple, en tanto forma discursiva de producción simbólica, una función de apertura hacia lo alternativo en relación con el modo en que un determinado grupo social asumió en su momento su propia historicidad.

Ya hemos visto cómo se presentan los mecanismos de historización / deshistorización para el par dicotómico Anarquía / Capital, por lo que estamos en condiciones de sostener que de acuerdo a esto la carga axiológica de cada uno de ellos remite al binomio civilización / barbarie, mediante una forma ideológica específica dada por la apelación a la Naturaleza como justificación filosófica (valor absoluto y universal) de la atribución de valores diferenciados a las categorías del discurso opresor. Así, el discurso de la “civilización” y la “barbarie” que ha recorrido la historia de América e incluso conserva su vigencia hasta

nuestros días, aparece encaramado sobre una valoración totalmente distinta establecida sobre la base de una determinación crítica que rompe con los supuestos que le dan forma tal como lo conocemos (al estilo de Sarmiento o Alberdi), y abre una alternativa histórica sobre la base de una proyección ideológica que se niega a aceptar tales presupuestos como verdaderos.

De este modo, la “barbarie” ya no se encuentra referida a aquellos elementos humanos, sociales y económicos que según un determinado proyecto de país impedían el paso hacia la modernización y el progreso, sino que son la modernización y el progreso los que aparecen como referentes de los atributos de “barbarie” debido a que se consideran una consecuencia del sistema capitalista y, por lo tanto, opuestos a un concepto de “civilización” racional.

Volver a la Naturaleza como elemento organizador del orden social es así un paso hacia la “verdadera civilización”, cuya condición de posibilidad es una revolución que destruya la “barbarie” capitalista que sojuzga al individuo a un régimen “absurdo, siniestro, insensato” y, sobre todo, “irracional”.

Sin embargo, esta justificación no parte de una concepción de la naturaleza como una totalidad cerrada, sino que se le asigna un carácter dinámico abierto a la posibilidad de que los hombres intervengan en ella para modificarla, estableciendo así en el seno de la totalidad dialéctica opresora una exigencia de ruptura. Con esto queremos aclarar que el mecanismo de deshistorización del propio discurso presente en la utopía de Quiroule no significa que la facticidad social sea rechazada en nombre de la Naturaleza, sino que permite organizar una totalidad objetiva sobre categorías diferentes al discurso dominante a la vez que acepta el poder creador del hombre y, por lo tanto, de su autocreación. Hablamos de la conformación de un discurso que reformula una demanda (que siempre es una exigencia planteada con relación a un sistema de producción) sin reprimir ni ocultar ese encargo, sino planteando la contingencia y las fisuras de la pretendida universalidad del discurso opresor para introducir un reclamo de ruptura con la ideolo-

gía dominante. Esto nos permite tratar *La ciudad anarquista americana* desde su carácter de discurso político, en el que la función utópica se mantiene como solución imaginaria ante lo dado desde la negativa a aceptar como criterio epistémico la categoría verdadero-falso, y cuya instancia crítica permite mostrar la no transparencia del discurso hegemónico.

6. La función utópica y sus modalidades

La noción de función utópica permite el análisis de la utopía en un más allá de lo meramente narrativo (como género literario), introduciéndola en el campo de las funciones del lenguaje. Se trata de otra forma de comprender la utopía que permite atender al carácter ideológico del lenguaje y así considerarla como la expresión de cierta concepción del mundo proyectada por un sujeto históricamente determinado, a la vez que facilita un modo de interpretación de la realidad social no unívoco, sino a partir de las diversas significaciones que le pueden ser atribuidas y que deber ser probadas y legitimadas en el espacio del lenguaje. Arturo Roig propone tres modalidades bajo las cuales esta función discursiva se articula: 1) función crítico reguladora, 2) función liberadora del determinismo legal y 3) función anticipadora del futuro. Nosotros tomaremos también una cuarta, la función constitutiva de formas de subjetividad, a partir de la propuesta de Estela Fernández (Fernández, E., 1995, 27-47).

Función crítico reguladora: función cuya especificidad está dada por el momento de ruptura que instala la utopía en tanto negación ante lo dado y exigencia de cambio del orden institucional vigente. Su concepción remite directamente al papel de las ideas kantianas en lo que concierne al uso “puro” o “trascendental” de la razón. Esta función de ruptura que cumple la utopía de Quiroule en el ámbito del universo discursivo de la Argentina post centenario la hemos desarrollado profusamente a lo largo del trabajo, y a esta altura nos permite comprobar

cómo el establecimiento de un pensar prospectivo permite cuestionar la realidad presente en nombre de una idea futura, a la vez que genera una apertura hacia una transformación sobre la base de un sistema de vida imaginado pero verosímil. Es un paso fundamental para lograr valorar la utopía más allá de su condición de verdad y así poder alejarnos de las posiciones conservadoras que niegan su valor por su “falta de realismo”. Precisamente la “operatividad reguladora” de la función utópica nos permite ver a *La ciudad anarquista americana* como la crítica de un orden vigente y la proyección de una sociedad que aspira a un máximo de perfección como meta posible, sin necesidad de recalar en la constatación empírica como medio para sostener su inviabilidad.

Función liberadora del determinismo legal: actúa de manera inversa a los mecanismos discursivos de apoyo y de historización / deshistorización que hemos analizado para los pares dicotómicos que constituyen la estructura ideológica del relato. En efecto, en lugar de conducir la conflictividad social hacia una instancia extrahistórica (o hipohistórica según hemos visto) asume la contingencia de la realidad social, incluyendo al propio sujeto como ser histórico. Esta experiencia de historicidad permite, según Roig, asignar a la utopía, como función discursiva, un carácter epistemológico propio. Esto ocurre gracias a la función de apertura de la utopía, que permite exceder el horizonte de verdad y colocar a la topía en una posición exenta de cualquier determinismo legal, por lo demás contradictorio en sí mismo cuando se trata de cosas humanas y por lo tanto sujetas a la contingencia histórica. De ahí que *La ciudad anarquista americana*, aun cuando presente una apelación reiterada a la Naturaleza como sujeto absoluto justificador de una realidad (la Anarquía) que se presenta como deseable y posible, no es susceptible de ser encuadrada en el marco de una ideología opresora que oculte la conflictividad social, ya que al operar como herramienta de ruptura permite abrir nuevos horizontes, nuevas vías y modelos que faciliten la visualización de una alternativa ante lo real desde su crítica radical.

Función anticipadora del futuro: al apoyarse en la contingencia de lo real, la utopía se opone al tiempo de la topía e implica una ruptura con la ciclicidad que permite pensar el porvenir como lo que jamás ha sido (futuro auténtico) y no como una mera transposición del pasado al porvenir (futuro no auténtico).

Sin embargo, aunque como afirma Eduardo Colombo (1989, 224), la función utópica sea identificable con aquella parte del movimiento del deseo que tiende hacia el futuro, muchas veces las formas arquetípicas del pasado se convierten en el alimento de esa conciencia anticipante. La noción pasado como recuerdo de un “tiempo mejor”, la nostalgia de un “paraíso perdido”, nutre en la mayoría de los relatos utópicos la idea del porvenir y permite la integración de una dimensión mítica a la visión de futuro. Esto es así en la utopía de Quiroule, quien no sólo apela al mito propiamente dicho al evocar el reino de El Dorado o la idea de América como tierra de redención, sino que en la instancia decididamente utópica de su relato proyecta una sociedad ideal sobre la base de un retorno al pasado encarnado en el componente medievalista que propone como forma de organización de la nueva sociedad.

Esta integración de una temporalidad mítica o de retorno a lo mismo que aparentemente entraría en contradicción con la concepción de la utopía como alteridad ya que proyectaría un futuro “inauténtico”, no es tal si se lo analiza a la luz de la distinción entre función utópica y utopía narrativa. De ahí que, aunque *La ciudad anarquista americana* presente a nivel narrativo temas históricos y míticos rescatados del pasado, pueda seguir definiéndose en su pertenencia al lenguaje utópico merced a la función discursiva de proyección de lo posible en un horizonte futuro.

A partir de esta comprobación es posible resolver la tensión entre la naturaleza auténtica o inauténtica del futuro proyectado, gracias a la distinción entre utopías del cambio o la alteridad (futuro auténtico) y utopías de la mismidad o del retorno al pasado (futuro inauténtico). De este modo, *La*

ciudad anarquista americana podría clasificarse como una utopía de la mismidad que, aunque tiende a restablecer lo ya acontecido, conserva un carácter dinámico de posibilidad otorgado porque sólo la proyección de un tiempo futuro despeja la posibilidad de esa restauración.

Función constitutiva de formas de subjetividad: esta cuarta modalidad de la función utópica propuesta por Estela Fernández parte de la importancia de la construcción a nivel simbólico de un espacio de auto reconocimiento de un sujeto que configura su propia identidad frente a otro sujeto, a partir de un modo particular de pensar las contradicciones existentes y de articularlas discursivamente. Estaríamos así frente a un discurso contrahegémico de las totalizaciones ideológicas dominantes de una época y lugar determinados, que actuaría en tanto dispositivo simbólico ejercido por un sujeto que cuestiona, interpela y define nuevas identidades políticas y sociales, dispositivo que no actúa a nivel de lo dicho sino en el nivel del decir, o sea de la enunciación.

Anteriormente dijimos que Quiroule se impone dos tipos de destinatario, estableciendo con ellos modos de relación e interpelación distintos y, por ende, buscando respuestas también distintas: por una lado nos encontramos con la burguesía capitalista frente a la que se posiciona, intentando demostrar la eficiencia constructiva del anarquismo como alternativa revolucionaria, para lo cual despliega un aparato crítico que busca implantar un quiebre en el universal ideológico dominante, demostrando su transitoriedad y por lo tanto la posibilidad de su destrucción. Por otro lado, postula un alocutario paralelo que es el propio movimiento anarquista y obrero a los que dedica el objetivo didáctico y moral propio de las construcciones utópicas, ubicándose en el lugar de una supraconsciencia que analiza los conflictos, los sintetiza y abre una alternativa de solución. Para ello, el autor no transpone sin más los datos de la realidad sino que los interpreta de acuerdo al lugar político, cultural e ideológico que ocupa en la estructura social, seleccionando los datos que considera relevantes, haciéndose eco de

algunos discursos contemporáneos y excluyendo otros y, sobre todo, proponiendo una visión alternativa (contrahegemónica) de la realidad, articulando a su discurso formas diversas de la conflictividad social.

De este modo, *La ciudad anarquista americana*, en tanto utopía discursiva inserta en un universo epocal determinado, se ubica dentro de la lucha por la hegemonía intentando ofrecer una lectura distinta de la realidad mediante una articulación de los conflictos sobre categorías contrarias a las del discurso dominante. Procura, en definitiva, construir una forma de identidad alternativa sobre la base de la posibilidad de un sistema radicalmente nuevo, justo e ideal, en el que los sujetos puedan reconocerse frente a sí mismos y frente al otro, visualizar como deseable la necesidad de ruptura con el orden opresor y desarticular los supuestos de la ideología dominante.

La idea de este posible-otro adquiere fuerza simbólica en el discurso de Quiroule mediante el desplazamiento de sentido que se hace respecto a la dicotomía básica civilización-barbarie en la que confluye el tratamiento axiológico del resto de los pares de opuestos de la estructura actancial. De este modo, el autor logra desplazar a nivel discursivo el eje de dominación vigente, atribuyéndole un sentido opuesto y develando la posibilidad de otros contenidos a través del establecimiento de una referencialidad nueva.

A modo de conclusión: La utopía como construcción de contrahegemonía

Sobre la base de lo dicho podemos concluir que la importancia de *La ciudad anarquista americana* reside en que, a través de su utopía, Quiroule introduce un principio de contingencia frente a una totalidad objetiva comprendida como opresora y representada en el sistema de partidos liberal-reformadores artífice del proceso de modernización y transformación capitalista iniciado en el país en las últimas décadas del siglo XIX. Negándose a aceptar como inmodificables las formas de domi-

nación vigentes, Quiroule abre desde su utopía la posibilidad de una alternativa de superación.

En el marco del universo discursivo de la Argentina post Centenario, opone al discurso vigente un discurso contrario establecido sobre categorías cuyo eje axiológico entra en absoluta contradicción con la jerarquía de valores impuesta y tiende a brindar una solución original a los problemas planteados por el paradigma de dominación capitalista. De ahí que podamos afirmar que es un discurso liberador propiamente dicho, iniciado por un sujeto que reformula la demanda de una clase subalterna sobre la base de una diferente conceptualización de los modos de producción y de las relaciones humanas. *La ciudad anarquista americana* puede considerarse así como una mediación discursiva específica, portadora de una forma de proyección ideológica revolucionaria surgida a partir de la práctica social de un determinado grupo, en el marco de una realidad epocal concreta y, por lo tanto, portadora de la conflictividad social presente en todo discurso.

La función de ruptura-apertura se presenta a nivel de la textualidad en un sistema de opuestos (cada uno de ellos representantes del discurso vigente y del discurso contrario) cuya referencia última está dada por el par "civilización vs. barbarie", dicotomía que recorre transversalmente la narración y actúa como una metacategoría que inviste al discurso de una forma ideológica específica. A través de la aplicación de los mecanismos de análisis propuestos por Arturo Roig hemos comprobado que el autor efectúa una resemantización de los términos de este binomio a partir de un desplazamiento de su sentido original hacia la referencialidad opuesta. Es decir, en la narración lo que históricamente se conoce como barbarie pasa a ser civilización y la connotación positiva de la civilización es introducida en el reino de la barbarie.

A partir de este juego discursivo Quiroule articula nuevos sentidos a los ejes de dominación y plantea la posibilidad de una fisura en la pretendida universalidad del discurso opresor introduciendo de inmediato la posibilidad de un orden diferente.

Ahora bien, este mecanismo discursivo se establece respecto de una instancia de apoyo de perfil ontológico: la Naturaleza, que actúa como sujeto absoluto justificador y determina el peso axiológico que se le otorga a cada término de la oposición. Esta apelación de carácter hipohistórico permite presentar al actante “anarquía” como portavoz de esa naturaleza y por lo tanto depositario de los atributos de verdad y razón. Esto es, si la verdad y la razón provienen de la Naturaleza es porque ésta es concebida como un sistema de valores eternos, lógicos e innatos, siempre latentes en la Humanidad pero circunstancialmente ocultos por la estructura de dominación del Capital y su forma Estado.

Este modo de articulación busca “desnaturalizar” el esquema de dominación vigente historizando su discurso para presentarlo como falso y carente de apoyo racional. Se trata sin duda de una reacción frente a la idea de “progreso moderno” y sus formas económicas, políticas y sociales íntimamente relacionadas con el desarrollo capitalista y establecidas en nuestro país bajo el rumbo particular que les imprimió la Generación del '80.

Por último, sobre la base del análisis del texto a la luz de las modalidades de la función utópica, diremos que *La ciudad anarquista americana* puede ser considerado como un *discurso liberador* ya que –aun cuando presenta una referencia ontologizada para justificar la necesidad de un quiebre con la totalidad ideológica opresora y por esto podría ser considerada como portadora de una demanda de clausura de la historia– el principio de ruptura se organiza bajo el presupuesto más profundo de la contingencia y por lo tanto acepta la capacidad creadora del hombre para cambiar el rumbo de la realidad que le es dada, abriendo nuevos horizontes y planteando la posibilidad de una alternativa.

La distinción entre función utópica y utopía narrativa permite también valorar el alcance de la obra con relación a las formas de temporalidad que presenta a nivel textual. En este sentido podemos afirmar que *La Ciudad Anarquista Americana* proyecta una forma de futuro inauténtico (debido a que apela a

componentes del pasado para organizar la sociedad futura) que, sin embargo, puede seguir considerándose en su pertenencia al lenguaje utópico gracias a la función discursiva anticipadora del futuro. Aun siendo una *utopía de la mismidad* que tiende a restaurar lo ya acontecido, la posibilidad de esa restauración depende sólo del quiebre con el presente en nombre de una imagen que todavía no es.

Si la importancia de la función utópica reside en construir a nivel simbólico un espacio en el que un sujeto se auto reconoce y configura su propia identidad frente a otro sujeto sobre la base de un modo particular de pensar las contradicciones sociales y articularlas discursivamente, diremos que Quiroule se posiciona frente a sus destinatarios (la burguesía y el propio movimiento anarquista) de acuerdo al “lugar” que ocupa en la estructura social, interpretando, seleccionado y aun obviando los hechos de la realidad sobre la base de una particular visión del mundo que le permite articular originalmente los conflictos sociales a su discurso y proponer una alternativa al orden vigente. Impone, en definitiva, una lectura distinta de la realidad argentina de su época que busca implantar en ella un principio de ruptura, y donde la apertura hacia lo “otro posible” adquiere fuerza gracias al establecimiento de una estructura de sentido nueva y contrahegemónica que actúa desde la negación de aceptar la realidad como criterio de verdad.

Bibliografía

- Aínsa, Fernando, *La reconstrucción de la utopía*, Buenos Aires, Ediciones del Sol, 1999.
- Arpini, Adriana, “El utopismo hostosiano: de ‘Ayacucho’ a ‘Colombia’”, en: *Revista Estudios Latinoamericanos Solar*, Santiago de Chile, 1994.
- Bilsky, Edgardo, *La FORA y el movimiento obrero*, t. 1 y 2, Bs. As., CEAL, 1985.
- Ciriza, Alejandra, “Utopía y modernidad”, en: *Revista El Rodaballo*, Bs. As., N° 8, 1998.
- Colombo, Eduardo, *El imaginario social*, Bs. As., Nordan, 1989.

- Colombo, Eduardo, *El espacio utópico de la anarquía*, Montevideo, Nordan, 1991.
- Falcón, Ricardo, *Los orígenes del movimiento obrero (1857-1899)*, Bs. As., CEAL, 1984.
- Fernández, Estela, "La problemática de la utopía desde una perspectiva latinoamericana", en Roig, Arturo Andrés (compilador), *Proceso Civilizador y Ejercicio Utópico en Nuestra América*, Fundación Universidad Nacional de San Juan, San Juan, 1995.
- Gómez Tovar, Luis y otros, *Utopías libertarias americanas. La Ciudad Anarquista Americana de Pierre Quiroule*, Madrid, Tuero, 1991.
- Marcuse, Herbert, *Eros y civilización*, Barcelona, Seix Barral, 1972.
- Oved, Iaäcov, *El anarquismo y el movimiento obrero en Argentina*, México, Siglo XXI, 1978.
- Petra, Adriana, "La revolución es un sueño eterno. La trayectoria del pensamiento utópico en América", Mendoza (mimeo), ponencia presentada a las IV Seminario Argentino-Chileno de Estudios Históricos y Relaciones Internacionales, 2000.
- Quiroule, Pierre, *La ciudad anarquista americana*, en: Gómez Tovar, Luis y otros, *Utopías libertarias americanas. La Ciudad Anarquista Americana de Pierre Quiroule*, Madrid, Tuero, 1991.
- Roig, Arturo Andrés, "La experiencia iberoamericana de lo utópico y las primeras formulaciones de la utopía para sí", en: *Revista de Historia de las Ideas*, Quito, 1981.
- Roig, Arturo Andrés, *Narrativa y cotidianidad. La obra de Vladimir Propp a la luz de un cuento ecuatoriano*, Quito, Belén, 1984.
- Rossi Landi, Ferruccio, *Ideología*, Barcelona, Labor, 1980.
- Romero, Luis Alberto, *Breve Historia Contemporánea de la Argentina*, Bs. As., Fondo de Cultura Económica, 1999.
- Weinberg, Félix, *Dos utopías argentinas de principios de siglo*, Bs. As., Solar/ Hachette, 1976.